

rompiera;
 el gozo radiante
 del sol, arrollando
 las sombras funestas;
 barriendo neblinas,
 borrando tristezas;
 —¡el gozo supremo
 del fuerte, del grande,
 que al débil
 conforta y alienta!—
 pasó por las aguas
 celestes y trémulas;
 pasó por la costa;
 ¡pasó, como un soplo
 de amor, por la Tierra!

MELODÍA

A Pepe Cabas Quiles.

Noche clara y serena. Rico y bello jardín.
 Tras los árboles quietos, con quietud ideal;
 por el aire templado, con olor á jazmín,
 van sonando las notas de una voz celestial;
 dulce voz, cristalina, de un encanto sin fin,
 con promesas y acentos de otro mundo mejor.
 Es la voz adorable de un celeste violín,
 que difunde las notas de un *nocturno* de amor...

¡Oh violín prodigioso! ¿Quién lo anima? No sé
 Tras los árboles quietos, tras las matas en flor,
 ni la sombra más leve, de persona, se ve.
 Pero el canto prosigue, sin cesar, sin cesar;
 sentidísimo canto de un *nocturno* de amor;
 mientras lejos, muy lejos, por el lado del mar,
 va apuntando la luna, con un leve fulgor...

En la noche serena, de inefable quietud;
 en la vaga penumbra del amable jardín;
 por el aire templado, con olor á jazmín,
 que es aroma de amores en feliz juventud;
 cuando todo reposa, como en grato sopor:
 una fuente que apaga su medroso rumor,
 los altísimos árboles, los jazmines en flor
 salpicados de flores... y á lo lejos el mar...
 ¡ah qué hermosas resuenan, sin cesar, sin cesar...
 las dulcísimas notas del *nocturno* de amor!

Todo calla, sin duda por sentirlo mejor;
 por gozar, como en sueños, de su encanto sin fin,
 que en la vaga penumbra nos invita á soñar:
 estrellado de flores, el risueño jardín;
 el ambiente purísimo, con olor á jazmín;
 en la fuente sus aguas... y á lo lejos el mar...

Va surgiendo la luna, con gentil lentitud,
 sigilosa, blanquísima; como oyendo también;
 escuchando en el seno de tan honda quietud
 al violín que resuena como voz del Edén.
 Va surgiendo la luna de las olas del mar;
 va extendiendo las ondas de su claro fulgor,
 y entre tanto prosigue, sin cesar, sin cesar...
 el dulcísimo canto del *nocturno* de amor.

Ya no vaga en los aires el más leve rumor.
 Ya no turba el silencio ni un murmullo sutil,
 en el tibio refugio de las plantas en flor,
 en la paz inefable de la noche de Abril.
 Va creciendo el hechizo de la azul claridad,
 que difunden los rayos de la luna gentil,
 —generosa de luces, por celeste bondad,—
 esmaltando las flores del ameno pensil,
 y á la vez que la luna, y en feliz progresión,
 va subiendo, creciendo,—¡cuán hermosa también!—
 la adorable, la intensa, celestial vibración
 del violín prodigioso, de dulcísimo són,
 que ha trocado, por obra de la Santa Emoción,
 el jardín de los hombres en pensil del Edén...

Oh, la luna, que rasga, como velo de tul,
 la penumbra sumisa del ambiente sutil,
 sobre el aire tan puro, sobre el mar tan azul,
 en la paz inefable de la noche de Abril.
 ¡Oh, qué afán misterioso de ventura y de paz!
 ¡Oh, qué locos afanes de fortuna y de amor!
 ¡Cuánto sueño de gloria!.. ¡Cuánto sueño fugaz,
 como rayo de luna, como aroma de flor!
 ¡Cómo el alma suspira! ¡Cuánto anhelo de bien!
 ¡A su mágico influjo fuera el mundo mejor,
 con el bien de la Gloria y en la paz del Edén!

¡No! No cese, ni un punto, la inefable quietud
del ambiente fragante, del callado jardín,
mientras sube la luna, con gentil lentitud,
escuchando las notas del celeste violín!..
No. No cesa, Dios Santo. ¡Qué profunda emoción!
¡Ah, qué intensos los soplos del olor á jazmín!
¡Ah, qué intensas las notas de la dulce canción!
Goza, goza sin tasa, corazón... ¡corazón,
tan llagado de heridas!.. de su encanto sin fin...

En los aires no vaga ni un celaje de tul.
Desde lejos no llega ni el más leve rumor.
Todo el cielo palpita, con radiante fulgor,
sobre el campo florido, sobre el mar tan azul...
Y en el hondo silencio de la tierra y del mar,
en el tibio refugio de las plantas en flor,
van sonando y cantando, sin cesar, sin cesar...
las dulcísimas notas del *nocturno* de amor...

EL SOL DE LOS TRISTES

Al Doctor D. Julio Hurdisan.

¿Sabes tú, Padre Sol, el anhelo
con que el triste y el débil te aguardan?
¿Sabes tú, Padre Sol, de su duelo,
si tus rayos se anublan ó tardan?

El feliz no se cuida, ni el fuerte,
—fortaleza supone ventura,—
de gozar con tus luces, de verte,
ni de hallar en tu fuerza su cura.

Para el gozo y el bien de la vida,
llevan luz y vigor en su pecho,
con el bien de su fuerza cumplida
y el vigor del vivir satisfecho.

Pero el triste y el débil, que claman
sin salud, sin vigor, desvalidos,
suspirando te anhelan, te llaman,
en congojas y en males sumidos.

Tú les das ilusión de energía,
les transmites amable consuelo,
les infundes calor de alegría...,
¡que por algo les llegas del cielo!

Tú confortas su angustia que gime,
tú detienes su pena que avanza...
Tú les haces limosna sublime:
¡la que empieza por dar esperanza!

¡Tú, Señor de la mar y la tierra;
tú, Señor de tus regias alturas;
tú, que esmaltas, con chispas, la sierra;
tú, que anegas en luz las llanuras!

¡Oh, bondad de tu amor, bienhechora,
sobre el campo, refugio del triste,
que por ti, con tu fuego, se dora,
que por ti, con sus flores, se viste!

¡Oh, piedad de tu luz, bendecida;
caridad de tu luz, suspirada;
para un pobre, que sufre, venida,
y hasta el fondo de un lecho llegada!

¡Cuántos míseros ánimos yermos!
¡Qué de angustias, constantes y fieras!
¡Qué anhelar de los pobres enfermos!
¡Padre Sol! ¡Padre sol! ¡Si supieras!..

Nunca, nunca tu bien les faltara.
Prolongaras la gloria del día.
Fuera, acaso, tu lumbre más clara;
más radiante, quizás, todavía.

Porque tú, de tu fuerza tan pleno,
vencedor celestial de la Muerte,
debes ser, cual magnífico, bueno;
por dichoso, por grande, por fuerte.

Padre Sol: ve las hondas miradas
que tus gracias supremas imploran.
¡Pobres seres, de vidas cansadas,
cuál te buscan, oh Sol, y te adoran!

¡Ay, maldita la nube, maldita,
que en los aires sus velos despliega,
si la luz de tus rayos les quita,
si el calor de tu fuego les niega!

¡Ay, maldito el nublado tremendo,
masa ingente de grises vapores,
que les roba tus rayos, abriendo,
como heridas, sus vivos dolores!..

¡No! ¡No dejes que avance, que cunda!
 ¡Rasga nubes, cual borras quimeras,
 y en tu luz á los tristes inunda!..
 ¡Padre Sol! ¡Padre Sol! ¡¡Si supieras!!

LAS VIOLETAS DE AUCAMVILLE

I

En Tolosa de Francia se dan las más fragantes
 y espléndidas violetas del mundo. Yo las vi,
 —llevado por mis males á Tolosa, la insigne,—
 llenando con sus flores los campos de *Aucamville*.

¡Oh, violetas famosas de *Aucamville*; las violetas
 más finas y fragantes que brotan bajo el sol;
 ¡nuncios de primavera bajo el sol del invierno!
 ¡violetas hermosísimas de penetrante olor!

¡Oh, flores encantadas, que en momentos de angustia
 me hablasteis, cariñosas, de ventura y de paz!
 para mis hondos males, flores de la esperanza;
 para mis hondas penas, flores de la piedad:

os rindo en la memoria, con mis recuerdos, culto.
 Vosotras me infundisteis el ansia de vivir,
 cuando la muerte ansiaba. La Virgen os bendiga,
 ¡mi Virgen!, ¡oh fragantes violetas de *Aucamville!*

II

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona,
 dilatado y profundo, con grave majestad;
el Garona opulento, con quien ruedan las aguas
 de tantos nobles ríos al opulento mar...

Por Tolosa de Francia pasa el ancho Garona,
 bajo puentes soberbios. ¡Gran río! Yo lo vi,
 —cuántas y cuántas veces,—con miradas inquietas,
 sintiendo las torturas del ansia de morir.

Bajo el puente de hierro, por mi afán preferido,
 llegan sus turbias ondas con un intenso hervor.
 Dejan, momentos antes, los muros de una presa,
 y aún dura su terrible febril agitación.

Llegan sus turbias ondas, con filetes de espuma,
 temblorosas de rabia, sin cesar de rugir;
 con densos tonos verdes, ó con tonos morados;
 los tonos de las grandes violetas de *Aucamville*.

III

¡Oh, puente inolvidable! Bajo tus arcos recios
 miraba yo las aguas del Garona pasar,
 y un impulso terrible me empujaba á sus ondas;
 ¡el impulso funesto de un dolor sin piedad!

Y entonces fué que, un día, cuando un supremo arranque
 me impulsaba á las ondas, ¡á la Muerte, por fin!,
 miré bajo las aguas cabezas infantiles
 con ojos lastimeros, alzados hacia mí...

¡Los rostros de mis hijos! ¡Sus rostros! ¡Sus miradas,
 rasgando de las ondas la espuma y el hervor!..
 Y entonces fué que, dando mis penas al olvido,
 juré vivir por ellos, juré sufrir por Dios!

Por Dios, que en tal instante su aliento me infundía.
 Por ellos, que elevaban sus ojos hacia mí;
 ¡sus ojos lastimeros!; con círculos morados,
 del tono de las grandes violetas de *Aucamville*.

IV

Desde entonces, las finas y olorosas violetas
me prestaron sus gracias, con piadosa bondad.
Respirando su aroma, renovaba mis bríos,
y enseñaba á mis penas el deber de esperar.

Ellas fueron presente que los cielos me hacían.
Ellas fueron mensaje que á mis hijos mandé.
Yo las traje conmigo bajo el sol de la Patria.
Si las glorias me asisten, ellas son mi laurel.

¡Oh, violetas fragantes y exquisitas! ¡violetas
de Tolosa de Francia, que me hicisteis vivir!
¡Oh promesas hermosas, bajo el sol del invierno,
de los gozos, las auras y las flores de Abril!

Como en sueños me llega, desde allá, vuestro aroma;
como en sueños vislumbro vuestros campos en flor.

.....

¡Oh, terribles instantes!, ¡oh, funesta locura!,
¡no volváis á mi vida! ¡Por mis hijos! ¡Por Dios!

VISIONES TRÁGICAS